

HÉROES Y ANTIHÉROES EN *THE GRAPES OF WRATH*

Juan José Cruz
Universidad de La Laguna

El medio, la herencia, el instinto y las diferentes posibilidades de oportunidad, esas cuatro esquinas en que se movían los productos literarios del naturalismo, lograron una recreación épica de la novela a comienzos del siglo, de tal modo que el personaje principal o el grupo protagonista casi se convierte en un héroe glorioso y el tema se nos antoja la vuelta de cualquier mito clásico en plena época industrial. Tal vez debido a efectos didácticos se ha considerado el realismo social de los años 30 un heredero directo del naturalismo; no nos oponemos a ello, pero sí pensamos que se debe matizar este anatema de la crítica, al menos en lo que respecta a John Steinbeck y especialmente *The Grapes of Wrath*¹.

Hablar de tipología del personaje en *G. W.* puede resultar ser una tarea incómoda e infructuosa, dada la ambigüedad con que en Steinbeck se pueden encasillar diversos tipos de caracteres. No obstante, tratemos de comprobar hasta qué punto los personajes son un producto de la época en que viven, así como en qué medida esa galería humana es portavoz de las distintas realidades que Steinbeck ha captado, desechando un maniqueo antagonismo de clase. Si los Joad, tal y como ponen de manifiesto los diversos *interchapters* de la novela, muestran una trayectoria uniforme respecto a otros proletarios que figuran en la misma, entonces pueden ser considerados un símbolo, una manifestación universal de la naturaleza humana; si por el contrario se adueñan de la lectura y evolucionan como seres autónomos con marcadas diferencias respecto a los demás personajes, entonces los Joad son los únicos héroes de *G. W.*

Un rasgo que Steinbeck parece compartir con la épica tradicional es la existencia de un único individuo o un grupo reducido de caracteres movidos por la necesidad de hacer prevalecer sus intereses incluso a costa de sus vidas. Sin embargo, aplicar esta idea a *G. W.* resulta harto problemático. Si buscamos en la novela el héroe que se adapte al tipo arriba enunciado, en primer término lo encontramos en una familia entera y no en un

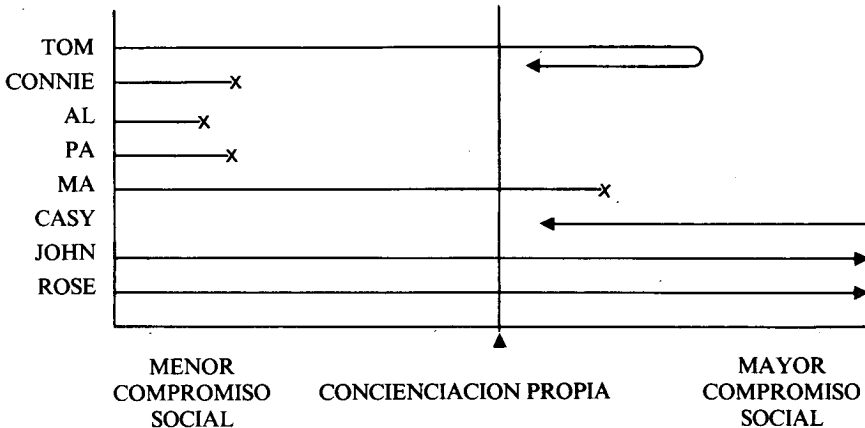
personaje solitario; más tarde es toda una masa social la que asume la responsabilidad del héroe. En este sentido hemos de ser cautos ante la afirmación de Lukács acerca de la existencia de un héroe conformado por la realidad que lo circunda y capaz de “dibujar un mapa exacto que conduce a la citada situación” de heroicidad². En *G.W.* la acumulación de rasgos éticos del héroe se relaja, y esos rasgos mencionados se reparten entre otros personajes que no son los protagonistas. Por ello nos alejamos de las ideas de Lukács y compartimos con reservas la concepción del héroe que tiene Leonard Lutwack. Para éste, la heroicidad trasciende el papel individual y casi narcisista que parece señalar el autor húngaro, para imponerse en un grupo social con unos fines metapersonales³.

No obstante, podría pensarse que aunque los Joad tienen las mismas características que la mayoría de las gentes que aparecen en *G.W.*, los miembros de esa familia son los que el lector conoce en mayor medida, y gracias a ellos, las crudas situaciones expuestas en los *interchapters*, a veces con una frialdad desoladora, se tiñen de humanidad. Ciertamente, el desalojo que se narra en el capítulo 5 nos mueve a solidarizarnos con los aparceros, pero cuando el problema toca a los Joad, nuestra simpatías llegan a transformarse en ira. De la misma manera, el *hooverville* que habitan resulta más indigno y humillante que el descrito en el capítulo 19. No olvidemos tampoco que la exploración psicológica de personajes con una conducta insólita, como el tío John, la erección de Ma en pilar moral de la familia, los comportamientos divergentes de Rose of Sharon y Connie, etcétera, contribuyen a que las características que componen el héroe épico se acumulen en esa familia, siendo el tándem Tom Joad-James Casy el núcleo de la misma.

La progresiva concienciación de Tom —y de los demás Joad— se va forjando en compañía de Casy a lo largo de todo el viaje desde Oklahoma hasta California. En un aprendizaje recíproco, la familia de Sallisaw abre sus ojos a la justicia social, entra en contacto con esa cara de América que desconocían, la de la represión por el hecho de ser pobres. Casy, por su parte, trata de poner en orden sus ideas acerca del hombre y de la comunidad, ideas que se habían dislocado a raíz de su abandono del cristianismo. La biografía de los Joad nos muestra que su universo era la parcela que cultivaban y el cooperativismo estaba determinado por los lazos de sangre; de esta manera, el enfrentamiento con el mal —el mal de las tormentas de polvo o el de los monopolios— era una lucha del individuo o del clan contra el resto del mundo. Así, los Joad son los héroes de *G.W.* en tanto que la novela nos muestra la evolución ideológica de unos caracteres herméticos que desembocan en la exaltación de unos valores agrarios denominados como única solución válida para combatir la miseria.

Ahora bien, esa fe en el agrarismo de Jefferson no es uniforme y una

visión panorámica del compromiso social en los Joad puede resultar engañosa. Si tomamos como criterio la configuración del protagonista como héroe en proporción a su compromiso social, podemos llevarnos algunas sorpresas, pues vemos que algunos de los miembros que en principio se configuran como héroes resultan ser antihéroes y viceversa:



Desde este punto de vista Pa y Alfred John y Connie son antihéroes, pues su compromiso no va más allá del provecho personal en el caso de los dos últimos o del éxito como cabeza de familia en el caso del Pa. Rose of Sharon y el tío John, al principio dos de los personajes más áridos de *G.W.*, revelan su grado de concienciación mediante sendos actos de rebelión al final del libro. Ma Joad, que ha destacado a lo largo de la novela, sin embargo no llega a alcanzar una concienciación tan marcada como la de John y Rose. Los casos más sorprendentes son los de James Casy y Tom Joad, quienes paradójicamente se acercan al rol del antihéroe, ya que desde un punto de máximo de concienciación social se retraen hasta un punto de compromiso propio en el cual se contempla al mismo tiempo al hombre como ente abstracto, como individuo con sus íntimos problemas y a la humanidad como grupo en busca de justicia. Por todo ello, somos reticentes a aplicar el concepto de héroe (y de sus antítesis, el antihéroe) del realismo social a un personaje determinado o a toda la familia Joad.

Aparte de los caracteres hegemónicos, encontramos otros seres que padecen las mismas situaciones vejatorias; ellos también son *islas*, abusando de la metáfora de Lutwack. Ya no nos detenemos en los *Okies* que huyen a California, que participan del argumento y configuran el tema de *G.W.* No olvidemos otros personajes proletarios, como el empleado de la chatarrería o el dependiente en la tienda de ultramarinos del rancho Hoo-

per. De estos personajes *secundarios* solamente conocemos rasgos más o menos generales, muy al contrario de la prolijidad con que se manifiestan los caracteres principales. En un sentido estricto no pueden ser considerados héroes, pero con una óptica menos exclusivista sí lo son, pues ellos luchan por sobrevivir con el mismo empeño que aquéllos. Los *interchapters* nos muestran a cientos de personajes así como la fuerza que los dirige. De la mayoría de ellos no conocemos el nombre, pero sí sus inquietudes y las formas en que quieren acabar con su miseria.

La constitución de un héroe privativo en *G.W.* hace que la masa, "la verdadera protagonista", como afirma André Gide⁴, adquiera los matices necesarios para su humanización, alejándose de la imagen aséptica de unos personajes que suplementan los actos de los Joad. En cuanto seres humanos que son y bajo el condicionamiento de vivir en un mundo destrozado, la supervivencia adquiere una importancia extrema y la solidaridad o insularidad entre ellos puede ser un baremo importante para apreciar la naturaleza humana de estos *personajes sin rostro*.

Los repetidos casos de solidaridad entre los aparceros, por los cuales queda patente su identificación de clase, quedan oscurecidas por no menos numerosos actos de insolidaridad, generalmente determinados por el consumismo y la competencia inherentes al capitalismo. De este modo, los campesinos de *G.W.*, lejos de unirse compiten entre sí. Bástenos dos o tres ejemplos:

En el capítulo 5, el campesino que abandonó el arado para convertirse en tractorista y derribar las cosechas de sus vecinos, es prototipo de otros que irán apareciendo en el transcurso de la lectura. Para este personaje en concreto, las valoraciones éticas acerca del daño que está haciendo a los de su antiguo estamento han quedado en un segundo término. Como un resignado autómatas responde que lo verdaderamente importante para él son los 3 dólares diarios que cobra ahora, salario muy superior a lo que ganaba anteriormente:

"Times are changed, don't you know? Thinking about stuff like that don't feed the kids. Get your three dollars a day, feed your kids. You got no call to worry about anybody's kids but your own".

No sólo el tractorista traiciona a los de su clase. Recordamos cómo el hambre empuja el enfrentamiento en el campo de Weedpatch entre los campesinos refugiados y otros que han sido sobornados para reventar la fiesta u obliga a Floyd a no dectar u obliga a Floyd a no decir a nadie dónde se puede encontrar trabajo.

Otro sector del proletariado que Steinbeck retrata como insolidario con la clase social a la que pertenece es el de los servicios. En los transpor-

tistas del capítulo 15, por ejemplo, observamos no solamente insensibilidad ante la problemática de unos semejantes, sino además cierto rechazo gremial de unos hombres que viven de una manera más sofisticada que los *Okies*. Aunque en la escala social pertenecen igualmente a la clase trabajadora, los camioneros creen estar en una posición más privilegiada, o al menos, en su afectación se consideran menos obtusos que los campesinos.

Abriendo aún más el círculo humano, podemos acercarnos a un mundo verdaderamente hostil para los campesinos como es la ciudad. El capítulo 30 es bastante prolijo en su comentario acerca de las reacciones entre campesinos y obreros por mantener o conseguir su espacio vital, para no hablar de las soluciones a esta situación que el poder traduce en adquisición de hombres y material para reprimir las refriegas de los invasores, o del egoísmo y corrupción de una clase media que no goza de las simpatías del autor:

“And in the little towns pity for the sodden men changed to anger, and anger at the hungry people changed to fear of them. Then sheriffs swore in deputies in droves and orders were rushed for rifles, for tear gas, for ammunition. (...) Frantic men pounded on the doors of the doctors and the doctors were busy. And sad men left word at country stores for the coroner to send a car. The coroners were not too busy⁶.”

Con todo, de la misma manera que hemos visto a unos personajes no idealizados ni mucho menos erigidos mártires de la justicia social, podríamos matizar la supuesta crueldad de las clases privilegiadas o que al menos gozan de un status más desahogado que el de los obreros y campesinos. Para ello nos servimos de un símbolo central en la novela como en la carretera interestatal 66.

Para W.M. Frohock la carretera 66 es un punto de choque entre las dos clases antagónicas de la novela⁷. Pero también se puede postular que esta vía tiene una interpretación menos maniquea de los *dramatis personae* de *G.W.* Entre los paupérrimos Joad y los anónimos potentados, discurre un completísimo espectro social compuesto por gentes de variadas condiciones, cada individuo con sus particulares frustraciones, anhelos y esperanzas. La carretera 66 es pues, un flujo de la conciencia de Norteamérica. en el capítulo 13, el expendedor de gasolina, que por su condición de comerciante ha de tener una visión del mundo diferente a la de los Joad, también ha decidido emigrar a California, donde espera no encontrar las presiones de las multinacionales y sí un mejor nivel de vida. Más adelante, en el capítulo 15, Mae y Al —también comerciantes, regentan un pe-

queño restaurante a la orilla de la carretera— miran con recelo la llegada provocadora de los *shitheels*, la clase media alta.

Estas tragedias privadas chocan entre sí y entonces descubrimos la relatividad ética de los actos de los protagonistas. Sobre todo en los *interchapters*, el choque de intereses entre dos grupos enfrentados nos ofrece la problemática de los caracteres en oposición. Así por ejemplo, el conflicto que estalla entre aparceros y propietarios en el capítulo 5 nos indica que cada interlocutor defiende sus intereses propios o los de su grupo en un estilo que según Peter Lisca "is like the chorus in a greek tragedy"⁸. Al igual que en la tragedia griega, estos grupos se debaten entre sí exponiendo cada uno de ellos sus propias razones para justificarse ante un destino inapelable pergeñado posiblemente en Wall Street, donde el Sistema, *the Monster*, devora a sus propios hijos.

Tanto en los *interchapters* como en los capítulos dedicados a los Joad, las fuerzas contradictorias de los que no tienen nada, de los que tienen mucho o poco, o de los que creen tenerlo todo parecen estar manejadas por los mismos hilos. Por ese motivo unos y otros se agarran fuertemente a su realidad, en unos casos para asegurar su parcela de poder cualquiera que sea su magnitud y en otros, por el contrario, para arrebatarse lo mínimamente necesario para pertenecer con decencia a la sociedad del siglo XX y participar del sueño americano.

Al final de la novela es indudable la derrota total en la California cósmica de John Steinbeck. Los Joad acaban segregándose y por lo tanto rompiendo aquella unidad familiar que los caracterizaba; pero Mr. Thomas seguirá siendo humillado por los *trusts*, y con él todos los pequeños terratenientes; al mismo tiempo, la embrionaria organización sindical comandada por Casy es aniquilada por el binomio patrón-sheriff. Pero quién sabe si éstos —y por descontado su más genuino representante, Hooper— están condenados a ser crueles para poder salir airoso de la batalla. El suicidio nacional como tema a explotar en *G.W.* nos ofrece una visión de la Gran Depresión como desastre nacional del que no resultó indemne ningún grupo, más que como crisis económica en la que se ahondaron aún más los abismos sociales. Steinbeck no ignora este último hecho, él no niega el escandaloso crecimiento de las desigualdades entre los hombres; pero por encima de ello está presente el grado en que la totalidad de los individuos se siente afectada. Y la derrota de esta sociedad en su conjunto obedece a la pérdida de validez de un sistema económico y la consecuente caída en desgracia de las escalas de valores que construyen el sistema social. Aquella democracia igualitaria estipulada por Thomas Jefferson se vino abajo desde el momento en que comenzó la carrera por la acaparación; en la era Roosevelt, sin embargo, los desheredados tienen esperanzas en aquel código. Todos los *Okies* de *G.W.* llegan a California con los an-

heos de una hacienda que los coloque en los prolegómenos de la clase media rural. Pero ya hemos visto que la clase media no queda muy bien parada en el libro: desde los dubitativos como Thomas hasta los ingenuos como Mae, todos estos personajes están aquejados por los mismos males que se ensañan en el proletariado. El hambre y la miseria aún no aparecen en sus horizontes, pero los pequeños terratenientes saben que del pago de la hipoteca depende su bienestar futuro. Por su parte, Mae seguirá resistiendo amablemente la chabacanería de los camioneros y aguantará muy impasible la vanidad de los *shitheels* para poder seguir tirando como hasta ahora.

En *G.W.* John Steinbeck no se ha limitado a señalar un caso de injusticia social, ni a seguir cultivando la mitología de un héroe literario, en este caso sediento de justicia. Por encima de los padecimientos de los pobres, de la frustración de la clase media y del nerviosismo de los poderosos nuestro autor escribe una crónica sobre el proceso de desintegración de su tiempo, proceso que ataca a todo el sistema y no a un sector únicamente, aunque siempre simpaticemos con la parte a nuestro juicio más dañada. Por ello, no sería muy arriesgado afirmar que Steinbeck, más que mostrar una visión plutocrática de California, deja constatada la catarsis de una sociedad, la suya, que al igual que los falsos ídolos bíblicos eran imponente al mismo tiempo que frágil.

Notas.

1. Steinbeck, J.: *The Grapes of Wrath* (en lo sucesivo *G.W.*). Penguin, Harmondsworth, 1979.
2. Lukács, G.: *Sociología de la literatura*. Península, Barcelona, 1973, Cap. VII, pág. 131.
3. "Modern epics often choose to represent a primitive group existing as an island (...) such as the *Okies* in *The Grapes of Wrath*". (Lutwack, L.: *Heroic Fiction*. Southern Illinois Univ. Press. St. Louis, 1971, Cap. I, pág. 15).
4. André Gide, citado por F.W. Watts en *Steinbeck*. Oliver and Boyd, Edinburgh, 1964, pág. 63.
5. *G.W.*, cap. 5, pág. 39.
6. *Ibid.*, cap. 29, pág. 479.
7. Frohock, M.W.: *The Novel of Violence in America*. Southwest Methodist Univ. Press, Dallas, 1971, Cap. 7, pág. 132.
8. Lisca, P.: "The Grapes of Wrath", artículo publicado en *Steinbeck*, edicado por R. Murray. Prentice Hall. Englewood Cliffs, 1972, pág. 87.